

1927
EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

El castigo sin venganza

DRAMA TRÁGICO EN TRES ACTOS

DE

LOPE DE VEGA

REFUNDIDO POR

DON EMILIO ÁLVAREZ



MADRID

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

(Sucesor de Hijos de A. Gullón)

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS, 2, 2.º

1901

4



EL CASTIGO SIN VENGANZA

Esta obra es propiedad de los herederos de D.^a María Loreto Gullón de Fiscowich, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los propietarios se reservan el derecho de traducción. Los comisionados de la galería lírico-dramática titulada EL TEATRO, de D. FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL CASTIGO SIN VENGANZA

DRAMA TRÁGICO EN TRES ACTOS

DE

LOPE DE VEGA

REFUNDIDO POR

DON EMILIO ÁLVAREZ

Representado en el TEATRO DEL CIRCO con gran éxito



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

—
1901

REPARTO



PERSONAJES

ACTORES

CASANDRA.....	Doña ELISA BOLDUN.
AURORA.....	CARMEN GENOVÉS.
LUCRECIA.....	LUISA MORILLA.
CINTIA.....	JUANA MONDÉJAR.
EL DUQUE DE FERRARA. DON	DONATO JIMÉNEZ.
FEDERICO.....	RAFAEL CALVO.
EL MARQUÉS GONZAGA.	RICARDO CALVO.
RICARDO.....	ANTONIO HERNÁNDEZ.
FEBO.....	RICARDO LETRE.
RUTILIO.....	FEDERICO CARRASCOSA.
FLORO.....	ANTONIO FORNOZA.
ALBANO.....	ENRIQUE OLIVA.
BATÍN.....	MARIANO FERNÁNDEZ.

Acompañamiento



ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Sitio pintoresco en las cercanías de Ferrara

ESCENA PRIMERA

EL DUQUE DE FERRARA, RICARDO y FEBO

RIC. Linda burla.
FEBO Por extremo.
¿Pero quién imaginara
que era el Duque de Ferrara?
DUQUE Que no me conozcan temo.
RIC. Debajo de ese disfraz
hay licencia para todo;
que aun el cielo en algún modo
es de disfraces capaz.
¿Qué piensas tú que es el velo
conque la noche le tapa?
Una guarnecida capa
conque se disfraza el cielo.
DUQUE ¿Ya comienzas desatinos?
RIC. ¿No los pensó algún poeta
de estos de la nueva seta
que se imaginan divinos?

Si á sus licencias apelo,
no me darás culpa alguna,
que yo sé quién á la luna
llamó requesón del cielo.

DUQUE

Pues no te parezca error:
que la poesía ha llegado
á tan miserable estado,
que es ya como jugador
de aquellos transformadores;
muchas manos, ciencia poca,
que echan cintas por la boca
de diferentes colores
Pero dejando á otro fin
esta materia cansada,
no es mala aquella casada.

RIC.

¡Cómo mala! Un serafin.
Pero tiene un bravo azar
que es imposible sufrillo.

DUQUÉ

¿Cómo?

RIC.

Un cierto maridillo
que toma y no da lugar.

DUQUE

¡Qué mis perdidos deseos
hasta aquí me hayan traído!
Ya esta noche me despido
de citas y galanteos;
guía á otro sitio.

RIC.

Ya guío.
Muy cerca vive una dama
como azúcar de retama,
dulce y morena.

DUQUE

¿Qué brío?

RIC.

El que pide la color;
mas el que con ella habita
es de cualquiera visita
cabizbajo rumiador.

DUQUE

Vamos.

RIC.

No sé si querrá
abrir á estas horas.

DUQUE

¿No?

¿Y si digo quién soy yo?

RIC.

Si lo dices, claro está.

DUQUE

Llama, pues.

RIC.

Ya te esperaba,
que al primer golpe salió.

ESCENA II

LOS MISMOS, CINTIA, en la puerta

CINTIA ¿Quién es?

RIC. Yo soy.

CINTIA ¿Quién es yo?

RIC. Amigos, Cintia; abre, acaba,
que viene el Duque conmigo;
tanto mi alabanza pudo.

CINTIA ¿El Duque?

RIC. ¿Lo dudas?

CINTIA Dudo,

no digo el venir contigo,
mas el visitarme á mí
tan gran señor y á tal hora.

RIC. Por hacerte gran señora
viene disfrazado así.

CINTIA Ricardo, si el mes pasado
lo que agora me dijeras
del Duque, me persuadieras
de que á mi casa ha llegado;
pues toda su mocedad
pasó licenciosamente
fábula siendo á la gente
su viciosa libertad.
Y como no se ha casado
por vivir más á su gusto,
sin mirar que fuera injusto
ser de un bastardo heredero,
aunque es mozo de valor
su hijo Federico, fuera
fácil que á verme viniera;
mas ya que como señor
se ha llegado á recoger,
y que á recibir envía
con su hijo en este día
á Casandra su mujer,
no es posible que ande haciendo
locuras de noche ya,
cuando esperándola está
y su entrada disponiendo;

que si en Federico fuera
libertad, ¿qué fuera en él?
y si tú fueras fiel
aunque él ocasión te diera,
no anduvieras atrevido
deslustrando su valor,
que ya el Duque tu señor
está acostado y dormido.
Y así, cierro la ventana;
que ya sé que fué invención
para hallar conversación.
Adiós, y vuelve mañana.

ESCENA III

EL DUQUE, RICARDO, FEBO

DUQUE A buena casa de gusto
 me has traído.

RIC. ¿Yo, señor,
 qué culpa tengo?

DUQUE Fué error
 fiarte tanto disgusto.

RIC. Para la noche que viene,
 si quieres, yo romperé
 la puerta.

DUQUE ¡Que esto escuchél
FEBO Ricardo la culpa tiene.
 Pero señor, quien gobierna,
 si quiere saber su estado,
 cómo es temido ó amado,
 deje la lisonja tierna
 del criado adulador,
 y disfrazado de noche
 en traje humilde ó en coche
 salga á saber su valor;
 que algunos emperadores
 se valieron de este engaño.

DUQUE Quien escucha oye su daño:
 y fueron esos señores
 filósofos majaderos.
 Porque el vulgo no es censor
 de la verdad, y es error

de entendimientos groseros,
fiar la buena opinión
de quien, inconstante y vario,
todo lo juzga al contrario
de la ley de la razón.
Un quejoso, un descontento,
echa, por vengar su ira,
en el vulgo una mentira,
á la novedad atento;
y como por su bajeza
no la puede averiguar,
ni en los palacios entrar,
murmura de la grandeza.
Yo confieso que he vivido
libremente y sin casarme;
por no querer sujetarme;
y que también parte ha sido
pensar que me heredaría
Federico, aunque bastardo:
mas ya que á Casandra aguardo
en este dichoso día,
todo lo pondré en olvido.

RIC.

Bien harás.

DUQUE

Guía á otra parte.

RIC.

Si quieres desenfadarte
pon á esta puerta el oído.

DUQUE

¿Cantan?

RIC.

¿No lo ves?

DUQUE

¿Pues quién

vive aquí?

FEBO

Vive un autor

de comedias.

RIC.

Y el mejor

de Italia.

DUQUE

Ensayan también
una comedia; escuchemos.
¿Quién habla ahora?

RIC.

Es la dama.

DUQUE

Si es Andrelina es de fama;
¡qué acción! ¡Qué afectos! ¡Qué extremos!

UNA VOZ

(Dentro.)

«Déjame, pensamiento;
no más, no más memoria,
que mi pasada gloria

conviertes en tormento,
y de este sentimiento
ya no quiero memoria, sino olvido;
que son de un bien perdido
aunque presumes que mi mal mejoras,
discursos tristes para alegres horas.»
¡Notable acción!

DUQUE

RIC.

Extremada.

DUQUE

Ya es día claro; ya estoy
sin gusto; á acostarme voy.

RIC.

Espera.

DUQUE

Todo me enfada.

RIC.

Notable es esta mujer.

DUQUE

Sí, pero vamos de aquí,
que temo que hable de mí.

RIC.

¿De tí cómo puede ser?

DUQUE

¿Pues ahora sabes, Ricardo,
que es la comedia un espejo
donde se ve el niño, el viejo,
el noble, el fuerte, el gallardo,
el Rey, el gobernador,
la doncella y la casada,
y que al ejemplo escuchada
de la vida y del honor
retrata nuestras costumbres
ó livianas ó severas,
mezclando burlas y veras,
donaire y pesadumbres?
Basta, que oí del papel
de esta aparecida dama
el estado de mi fama;
bien claro me hablaba en él.

¿A que escuche me persuades
todavía? Pues no ignores
que no quieren los señores
oír tan claras verdades.—
Mas dejando estas porfías
demos la vuelta á Ferrara.

RIC.

Ya la ocasión nos depara
lo mismo que apetecías.
Gente llega; y á juzgar
por las señas... ¿no lo ves?
Tu hijo Federico es
quien se acerca á este lugar.

el alma llena de mortal disgusto
camino á Mantua, de sentido ajeno,
que voy por mi veneno
en ir por mi madrastra, aunque es forzoso.

BATIN Ya de tu padre el proceder vicioso
de propios y de extraños reprendido,
quedó á los pies de la virtud rendido:
ya quiere sosegarse;
que no hay freno, señor, como casarse.

FED. Ya sé yo que á mi padre
no puede haber remedio que le cuadre
como es el casamiento;
pero esto en nada alivia mi tormento:
¿pues qué me importa á mí que se sosiegue
mi padre, y que se niegue
á los vicios pasados
si han de heredar sus hijos sus estados,
y yo, en desdichas tantas,
¡como escudero vil caeré á sus plantas!

BATIN Hijo eres natural, y tu remedio
sólo es poner paciencia de por medio.

FED. ¿Yo he de sufrir madrastra?

BATIN ¿No sufrías
las muchas que tenías
con los vicios del Duque? Pues ahora
sólo una sufre que es tan gran señora.

VOCES (Dentro.)
¡Favor! ¡Favor!

FED. ¿Qué voces son aquellas?

BATIN En el vado del río suena gente.

FED. Mujeres son. (Sale precipitadamente.)

BATIN Detente.

FED. Cobarde, ¿no es razón favorecellas?

BATIN Excusar el peligro es ser valiente.
¡Floro, Albano!

ESCENA V

BATÍN, FLORO, ALBANO

BATIN En socorro de una dama
salió el conde de aquí; mientras le sigo
llamad la gente (se va.)

FLORO ¿Dónde vas? Espera.

ALB. Pienso que es burla.
FLORO Y yo lo mismo digo;
aunque suena rumor en la ribera
de gente que camina.
ALB. Mal Federico á obedecer se inclina
el nuevo dueño aunque á buscarle viene.
FLORO Sale á los ojos el pesar que tiene.

ESCENA VI

LOS MISMOS, FEDERICO, CASANDRA

FED. (Conduciendo en sus brazos á Casandra, seguido del
acompañamiento.)
Hasta ponerlos aquí
los brazos me dan licencia.
CAS. ¡Ay de mí!
FED. Volved en vos.
CAS. ¿Dónde estoy?
FED. Donde os alientan;
donde os sirven, donde os aman.
CAS. Vuestra dulce voz penetra
en mi pecho, y ella sola
me reanima y consuela
y calma mis inquietudes
y mis peligros ahuyenta.
FED. ¿Cómo os sentís?
CAS. Bien me siento.
FED. ¿Herida estáis?
CAS. No os dé pena.
FED. Si hubo golpe...
CAS. Fué ligero.
FED. Serenaos.
CAS. Estoy serena.
FED. Dicha fué llegar á tiempo.
CAS. Fortuna fué hallaros cerca.
FED. Mi buena estrella bendigo.
CAS. Bendita mi buena estrella.
(Sin mí estoy.)
FED. (A hablar no acierto.)
CAS. ¡Oh, qué galán!
FED. ¡Oh, qué bella!
FED. ¿Qué es esto? (A Albano.)
ALB. Que volcó el coche.

ESCENA VII

LOS MISMOS, BATÍN, LUCRECIA

- BATIN (Conduciendo en sus brazos á Lucrecia.)
Mujer, dime, ¿cómo pesas,
si dicen que eres liviana?
- LUC. Hidalgo, ¿dónde me llevas?
- BATIN A sacarte por lo menos
de tanta enfadosa arena
como la falda del río
en estas orillas deja.
Pienso que fué treta suya
por tener ninfas tan bellas
volcarse el coche al salir
que si no fuera tan cerca
corriérades gran peligro.
- FED. Señora, porque yo pueda
hablaros con el respeto
que vuestra persona muestra,
decidme quien sois.
- CAS. Señor,
no hay causa porque no deba
decirlo: yo soy Casandra,
ya de Ferrera duquesa,
hija del duque de Mantua.
- BATIN (Señor, tu madrastra es esta.)
- FED. (¡Válgame el cielo!) ¿Pues cómo
viene sola vuestra alteza?
- CAS. No vengo sola; no lejos
el marqués Gonzaga queda;
al séquito adelantéme,
y de ello á fe no me pesa,
si al dejar su compañía
á dar vine con la vuestra.
- FED. Me honrais.
- CAS. Y vos... ¿quién sois vos?
Aunque ya vuestra presencia
lo generoso asegura
y lo valeroso muestra.
- FED. Sabed, señora, que soy...

- que es hijo el que á veros llega
del Gran Duque de Ferrara.
- CAS. Vos... sois vos. . anduve necia
en no haberos conocido.
¿Quién, sino quién sois, pudiera
valerme en tan grave riesgo?
- FED. Poco hice por vuestra alteza,
que aun más quisiera serviros.
- CAS. Callando os doy la respuesta.
(Siguen hablando en voz baja.)
- BATIN (Con Lucrecia.)
Ya que ha sido nuestra dicha
que esta gran señora sea
á quien á esperar salimos,
justo será que yo sepa
si eres tú vuesa merced,
señoría ó excelencia,
para que pueda medir
lo razonado á las prendas.
- LUC. Soy doméstica criada;
visto y desnudo á su alteza.
- BATIN ¿Eres camarera?
- LUC. Pues.
- BATIN ¿Cómo te llamas?
- LUC. Lucrecia.
- BATIN ¿La de Roma?
- LUC. Más acá.
- BATIN Gracias á Dios que con ella
topé; que desde su historia
traigo llena la cabeza
de castidades forzadas
y de diligencias necias.
¿Tú viste á Tarquino?
- LUC. No.
- BATIN ¿Y qué hicieras se le vieras?
- LUC. ¿Tienes mujer?
- BATIN ¿Por qué causa
lo preguntas?
- LUC. Porque pueda
ir á tomar su consejo
- BATIN Herísteme por la treta.
¿Tú sabes quién soy?
- LUC. ¿De qué?
- BATIN ¿Es posible que no llega

aun hasta Mantua la fama
de Batín?

LUC. ¿Por qué excelencias?
Pero tú debes de ser
como esos necios, que piensan
que en todo el mundo su nombre
con aplauso se celebra,
y apenas le sabe nadie.

BATIN
CAS.

No quiera Dios que tal sea.
(Con Federico.)
Aun no acierto á encarecer
el haberos conocido:
poco es lo que había oído
para lo que vengo á ver.
El hablar, el proceder
á la persona conforma,
hijo y mi señor, de forma,
que muestra en lo que habéis hecho
cuál es el alma del pecho
que tan gran sujeto informa.
Dicha ha sido haber errado
el camino que seguí,
pues más presto os conocí
por yerro tan acertado.
Cual suele en el mar airado
la tempestad, después de ella
ver aquella lumbre bella,
asi fué mi error la noche,
mar el río, nave el coche,
yo el piloto y vos mi estrella.
Madre os seré desde hoy,
señor conde Federico,
y de este nombre os suplico
que me honréis, pues ya lo soy.
De vos tan ufana estoy,
y tanto el alma repara
en prenda tan dulce y cara,
que me da más regocijo
teneros á vos por hijo
que ser duquesa en Ferrara.

FED. Basta que me dé temor,
hermosa señora, el veros,
no me impida el responderos
turbarme tanto favor.

Hoy el Duque, mi señor,
en dos divide mi sér,
que en la forma pudo hacer
que mi sér primero fuese,
para que el alma debiese
á mi segundo nacer.
Vuestra sólo de estos dos
nacimientos es la palma,
que para nacer con alma
hoy quiero nacer de vos:
que aunque quien la infunde es Dios,
hasta que os vi no sentía
en qué parte la tenía;
y si conocerla os debo,
de vos recibo sér nuevo,
que yo sin alma vivía.
Y de esto se considera,
pues que de vos nacer quiero,
que soy el hijo primero
que el Duque de vos espera;
y de que tan hombre quiera
nacer, no son fantasías,
que para disculpas mías,
aquel divino crisol
ha seis mil años que es sol
y nace todos los días.

ESCENA VIII

LOS MISMOS, el MARQUÉS GONZAGA, RUTILIO.

- RUT. Aquí, señor, los dejé.
MARQ. Inmensa desdicha fuera
 si el caballero que dices
 no llegara á socorrerla.
RUT. Allí está con los criados
 del caballero.
CAS. Ya llega
 mi gente.
MARQ. Gracias á Dios
 que hallo en salvo á vuestra alteza.
CAS. Dadlas á este caballero;

su piadosa gentileza
vida me dió.

MARQ.

Señor conde,
basta que Casandra os deba
servicio tan grande, para
que esclavo vuestro me ofrezca.
Y ahora, si dais vos permiso,
adelante iremos.

CAS.

Sea.

MARQ.

Dad al Conde mi caballo.

CAS.

Es inútil diligencia;
irá mejor en mi coche.

FED.

Como plazca á vuestra alteza.

CAS.

Así me place. Venid.

ESCENA IX

FEDERICO, BATÍN

BATÍN

¡Qué bizarra es la duquesal

FED.

¿Parécete bien, Batín?

BATÍN

Paréceme una azucena:

y si quieres que te diga...

FED.

Calla, que con tu agudeza
me has visto el alma en los ojos
y el gusto me lisonjeas.

BATÍN

¿No era mejor para ti
esta clavellina fresca,
esta naranja en azahar,
toda de pimpollos hecha?
¡Pese á las leyes del mundo!

FED.

Vamos ya, que nos esperan.

BATÍN

Serás tú el primer alnado
á quien hermosa parezca
su madrastra; pero ello
no hay sino tener paciencia,
que á fe que á dos pesadumbres
ella te parece fea.

CUADRO SEGUNDO

Espacioso jardín en el palacio de Ferrara

ESCENA X

AURORA, el DUQUE

DUQUE Que se hallen cerca es preciso:
tarde al camino salió
Federico.

AUR. Mucho erró,
pues cuando llegó el aviso,
el Conde debió salir
á recibir á su alteza.

DUQUE Bien pudo alguna tristeza
la salida diferir.
Duéleme su postración,
porque es Federico, Aurora,
lo que más mi alma adera;
y fué el casarme traición
que hago á mi propio gusto;
que mis vasallos han sido
quien me han forzado y vencido
á darle tanto disgusto.
Porque los deudos que tienen
derecho á mi sucesión
pondrán pleito con razón;
ó en fin, si á las armas vienen
no pudiendo concertallos,
abrasarán estas tierras,
porque siempre son las guerras
á costa de los vasallos.
Con esto determiné
casarme; no pude más.

AUR. Señor, disculpado estás,
y un consejo te daré.
Perdona el atrevimiento,
que fiada en el amor
que me muestras, con valor

te diré mi pensamiento.
—Yo soy, invicto Duque, tu sobrina;
hija soy de tu hermano,
que há tiempo sucumbió, como temprano
almendro que la flor al cierzo inclina.
Criásteme en tu casa, porque luego
quedé también sin madre;
tú solo fuiste mi querido padre,
y en el confuso laberinto ciego
de mis fortunas tristes,
el hilo de oro que de luz me vistes.
Dísteme por hermano á Federico,
mi primo en la crianza,
á cuya siempre honesta confianza
con dulce trato honesto amor aplico
no menos de él querida,
viviendo entrambos una misma vida:
una ley, un amor, un albedrío,
una fe nos gobierna,
que con el matrimonio será eterna,
siendo yo suya y Federico mío.
Desde la muerte de mi padre amado
tiene mi hacienda aumento:
no hay en Italia ahora casamiento
más igual á sus prendas y á su estado.
Si le casas conmigo estás seguro
de que no se entristezca,
de que Casandra sucesión te ofrezca,
sirviendo yo de su defensa y muro.
Mira si en este medio
promete mi consejo tu remedio.
Mi vida y honra aseguras;
y yo te prometo al Conde
si á tu honesto amor responde
la fe conque le procuras.
Y así, pues, vuestros intentos
conformes vienen á ser,
palabra te doy de hacer
juntos los dos casamientos.
Venga el Conde, y tú verás
qué día á Ferrara doy.
Tu hija y tu esclava soy;
no puedo decirte más.

DUQUE

AUR.

ESCENA XI

LOS MISMOS, BATÍN

- BATÍN Vuestra alteza, gran señor,
reparta entre mí y el viento
las albricias, porque á entrambos
se las debe de derecho.
La duquesa, mi señora,
llega buena; y si primero
volcó el coche, no fué nada,
porque el Conde al mismo tiempo
llegó y la sacó en los brazos;
conque las paces se han hecho
de aquella opinión que dice
que nunca bien se quisieron
los alnados y madrastras;
porque con tanto contento
vienen juntos, que parecen
hijo y madre verdaderos.
- DUQUE Esa paz, Batín amigo,
es la nueva que agradezco.
- BATÍN La de estar con gusto el Conde,
fuera de ser nueva, es nuevo.
Ya llegan.
- DUQUE Por las albricias,
ponte esta cadena al cuello.

ESCENA XII

CASANDRA, LUCRECIA, FEDERICO, el MARQUÉS, RUTILIO,
ALBANO, gran acompañamiento

- FED. En este jardín, señora,
os tienen hecho aposento
para que el Duque os reciba.
en tanto que disponiendo
queda Ferrara la entrada
que á vuestros merecimientos
se debe.
- CAS. Los vuestros bastan
á favorecerme.

- DUQUE El cielo,
hermosa Casandra, os guarde
los años de mi deseo.
- CAS. Para ser de vuestra alteza
esclava, gran señor, vengo;
que de este título sólo
recibe mi casa aumento,
mi padre honor, y mi patria
gloria, en cuya fe poseo
los méritos de llegar
á ser digna de los vuestros.
- DUQUE Dadme vos, ser Marqués,
los brazos, a quien hoy debo
prenda de tanto valor.
- MARQ. En su nombre los merezco,
y por la parte que tuve
en este alegre himeneo;
pues hasta la ejecución
me sois deudor del concierto.
- DUQUE (Presentándola.)
Conoced, Casandra, á Aurora.
- CAS. Feliz yo, Aurora, que os tengo
por amiga
- AUR. Que soy vuestra
sólo responderos puedo.
Dichosa Ferrara ha sido.
- CAS. Con tales favores entro,
que de todas mis acciones
próspero fin me prometo.
- DUQUE Permitid que os reconozcan
con debido amor mis deudos.
(Se inclinan todos menos Federico.)
- CAS. ¿No se acerca el Conde?
- DUQUE Sí;
que él ha de ser el primero
que os ha de besar la mano.
- FED. (Llegando.) Señora...
- CAS. No lo consiento.
- FED. Fuera ir contra mi obediencia.
Tres veces, señora, beso
vuestra mano: una por vos,
conque humilde me sujeto
á ser vuestro mientras viva,
de estos vasallos ejemplo;

la segunda por el Duque
mi señor, á quien respeto
obediente, y la tercera
por mí, porque no teniendo
más por vuestra obligación
ni menos por su precepto,
sea de mi voluntad,
señora, el reconocer;
que la que sale del alma
sin fuerza de gusto ajeno,
es verdadera obediencia.

CAS. (¡Qué respetuoso! ¡Qué atento!)

MARQ. Días ha, gallarda Aurora,
que mis deseos de veros
nacieron de vuestra fama,
y á mi fortuna le debo
hallarme cerca de vos,
y puesto que se cumplieron
son mayores de serviros,
cuando tan hermosa os veo.

AUR. Yo, señor Marqués, estimo
ese favor como vuestro,
que de vos también tenía
noticia por tantos hechos.

DUQUE Que descanséis es razón.

CAS. Ley es mía obedeceros.

DUQUE De mi persona y palacio
vos sois el único dueño.

(Conduciendo á Casandra.)

La dicha llevo en el alma

CAS. (Hondas inquietudes llevo.)

(Salen todos.)

ESCENA XIII

FEDERICO, BATÍN

BATÍN Topos se van; y mi amo
se ha quedado allí suspenso.

FED. ¡Qué necia imaginación!

BATÍN ¿Cómo necia? ¿Qué tenemos?

FED. Bien dicen que nuestra vida
es sueño, y que todo es sueño;

pues que no sólo dormidos,
pero aun estando despiertos,
cosas imagina el hombre
que el más abrasado enfermo
con frenesí, no podría
tener en el pensamiento.

BATÍN

Dices bien; que muchas veces
entre nobles caballeros
suelo estar, y de improviso
me acomete el loco intento
de dar un moquete á uno
y mordelle en el pescuezo.
Cuando me asomo á un balcón
estoy pensando y temiendo
tirarme de él y matarme.
Si voy en algún entierro
me dan ganas de reir.
Y si á alguna dama veo,
en mi loca fantasía
asirla del moño intento,
y me salen mil colores,
como si lo hubiera hecho.

FED.

¡Jesús!... ¡Dios me valga!... ¿Yo
tal imagino .. tal pienso?
Quítame esta loca idea.

BATÍN

¿Pues tú para mí secreto?

FED.

Batín, no es cosa que hice,
y así nada te reservo,
que las imaginaciones
son espíritu sin cuerpo:
lo que no es, ni ha de ser,
no es esconderte mi pecho.

BATÍN

Y si te lo digo yo,
¿negarásmelo?

FED.

Primero
que puedas adivinarlo,
habrá flores en el cielo
y en este jardín estrellas.

BATÍN

Pues mira cómo lo acierto:
que te agrada tu madrastra
estás entre ti diciendo.

FED.

¡No lo pienses... no lo digas!
Y si algo en mí has descubierto,
por toda una eternidad

sepulta dentro del pecho
tan infundada sospecha,
tan espantoso recelo.
¡No lo pienses, ni lo digas!
¡Silencio, Batín, silencio!

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Pequeño gabinete en el palacio de Ferrara

ESCENA PRIMERA

CASANDRA, LUCRECIA

- LUC. Con notable admiración
me ha dejado vuestra alteza.
- CAS. Ya sabes de mi tristeza
la verdad ra razón.
Más quisiera en la ocasión
ser una ruda villana,
que me hallara la mañana
al lado de un labrador,
que desprecio de un señor
en oro, púrpura y grana.
Pluguiera á Dios que naciera
bajamente, pues hallara
quien lo que soy estimara
y á mi amor correspondiera.
En la más humilde esfera
como en cámaras reales,
se gozan contentos tales
que no los crece el valor;
que no hay, si los hace amor,
casamientos desiguales.

Dichosa la que no llora
un desprecio tan marcado
y duerme tranquila al lado
del esposo que la adora.
La que á la luz de la aurora
lávasse en la fuente clara
con ambas manos la cara,
y no en llanto, cuando fué
mujer de un hombre sin fe,
con ser duque de Ferrara.
Que venga un hombre á su casa
cuando viene al mundo el día,
que viva á su fantasía,
por libertad de hombre pasa.
¿Quién puede ponerle tasa?
Pero quien con tal desprecio
trate una mujer de precio
de sus prendas olvidado,
ó quiere ser desdichado
ó tiene mucho de necio.
El Duque debe de ser
de aquellos que, en su opinión,
llegando á la posesión,
quieren en casa tener
como alhaja la mujer
para adorno, lustre y gala,
silla ó escritorio en sala,
y es término que condeno;
que en fin, con marido bueno
no es común ver mujer mala.
La mujer de honesto trato
viene para ser mujer
á su casa, que á no ser
silla, escritorio ó retrato.
Basta ser un hombre ingrato
sin que sea descortés;
y es mejor, si causa es
de algún pensamiento extraño,
no dar ocasión al daño
que remediarle después.
¿Hale escrito vuestra alteza
á su padre estos enojos?
No, Lucrecia; que mis ojos
sólo saben mi tristeza.

LUC.

CAS.

- LUC. Conforme á naturaleza
y á la razón, mejor fuera
que el Conde te mereciera,
y que contigo casado,
asegurando su estado,
á su padre sucediera;
que aquestas melancolías
que trae el Conde, no son,
señora, sin ocasión.
- CAS. No serán sus fantasías
más ardientes que las mías.
Su remedio intentaré,
conque Federico esté
seguro que no soy yo
quien sus desdichas causó.
- LUC. Aquí está.
- CAS. Verle no sé.

ESCENA II

LAS MISMAS, el DUQUE, FEDERICO

- DUQUE Si yo pensara, Conde, que te diera
tanto disgusto el casamiento mío,
antes de imaginarlo me muriera.
- FED. Señor, fuera notable desvarío
que me enojara á mí tu casamiento,
ni de tu amor por eso desconfío.
Advierta, pues, tu claro entendimiento
que, si del casamiento me pesara,
disimular supiera el descontento.
La falta de salud se ve en mi cara,
pero no la ocasión.
- CAS. (Con Lucrecia á media voz.)
(No me ha mirado,
ni en nosotras repara todavía;
de mí anda Federico descuidado.)
- LUC. No te vió.
- CAS. Pues esa es la queja mía.
Ven, que en tanto que aliente aquí esta idea
verle deseo y temo que me vea.)

ESCENA III

EL DUQUE, FEDERICO

- DUQUE Yo quiero proponerte un casamiento.
FED. ¿Es, por ventura, Aurora?
DUQUE El pensamiento me hurtaste al producirle por los labios, con quien tiene el mismo sentimiento.
- FED. Señor, porque no entiendas que yo hago sentimiento de cosa que es tan justa, y el amor que me muestras satisfago, sabré primero si mi prima gusta. Por ella, que á servirla le provoca, el Marqués en Ferrara se ha quedado.
- DUQUE Pues eso, Federico, ¿qué te toca?
FED. Al que se ha de casar le da cuidado el galán que ha servido, y aun enojos; que es escribir sobre papel borrado.
- DUQUE Si andan los hombres á mirar antojos, encierren en castillos las mujeres, desde que nacen, contra tantos ojos; que el más puro cristal, si verte quieres, se mancha del aliento. Mas, ¿qué importa, si del mirar escrupuloso eres, pues luego que se limpia y se reporta tan claro queda como estaba de antes?
- FED. Muy bien tu ingenio y tu valor me exhorta, señor; cuando centellas rutilantes escupe alguna fragua, y el que fragua quiere apagar las llamas resonantes, moja las brasas de la ardiente fragua; pero rebeldes ellas, crecen luego, y arde el fuego voraz lamiendo el agua. Así un marido del amante ciego templó el deseo y la primera llama; pero puede volver más vivo el fuego, y así, debo temerme de quien ama, que no quiero ser agua que le aumente dando fuego á mi honor, y humo á mi fama.
- DUQUE Cansado, Conde, estás; mas ten presente

que á Aurora ultrajas de tu honor en mengua;
y alejarme de tí juzgo prudente,
mientras recoges la atrevida lengua.

ESCENA IV

FEDERICO y BATIN

BATIN ¡Oh, qué bien has negociado
la gracia del Duquel

FED. Espero
su desgracia, porque quiero
ser en todo desdichado;
que mi desesperación
ha llegado á ser de suerte,
que sólo para la muerte
me permite apelación.
Y si muriera, quisiera
poder volver á vivir
mil veces, para morir
cuantas á vivir volviera.
Tal estoy, que no me atrevo
ni á vivir, ni á morir ya,
por ver que el vivir será
volver á morir de nuevo.
Y si no soy mi homicida,
es por ser mi mal tan fuerte,
que porque es menos la muerte,
me dejo estar con la vida.
¿Qué mal te aflige?

BATIN
FED.

 Batín,
si yo decirte pudiera
mi mal, mal posible fuera,
y mal que tuviera fin.
Pero la desdicha ha sido
que es mi mal de condición,
que no cabe en mi razón
sino sólo en mi sentido;
que cuando por mi consuelo
voy á hablar, me pone en calma
ver que hay de la lengua al alma
más que de la tierra al cielo.

Vete, si quieres, también,
y déjame solo aquí,
porque no haya sombra en mí
que aun tenga sombra de bien.

ESCENA V

LOS MISMOS, CASANDRA, AURORA

- CAS. ¿De eso lloras?
AUR. ¿Le parece
á vuestra alteza, señora,
sin razón, si el conde ahora
me desprecia y aborrece?
CAS. ¿Pues no quieres al Marqués
Gonzaga?
AUR. ¿Yo á Carlos?... No.
Quiero á Federico.
CAS. Yo
lo digo por tu interés;
olvida ese pensamiento,
que á mí me han asegurado
que anda de otra enamorado.
AUR. Antes de tu casamiento
la misma luz de sus ojos
era yo; pero ya soy
quien en los ojos le doy.
CAS. Olvida ya esos enojos.
AUR. ¿Qué aurora nuevas el día
trajo al mundo, sin hallar
al Conde, donde á buscar
la de sus ojos venía?
¿En qué jardín, en qué fuente
no me dijo el Conde amores?
¿Qué jazmines ó qué flores
no fueron mi boca y frente?
¿Cuándo de mí se apartó;
qué instante vivió sin mí?
¿ó cómo viviera en sí,
si no le animara yo?
Que tanto el trato acrisola
la fe de amor, que de dos

almas que nos puso Dios
hicimos un alma sola.
Esto desde tiernos años,
porque con los dos nació
este amor, que hoy acabó
à manos de sus engaños.
Tanto pudo la ambición
del estado que ha perdido.

CAS. Pésame de que haya sido,
Aurora, por mi ocasión.
¿Conque un amor tu alma siente
que el mismo Conde alentó?
Nunca imaginara yo
un amor tan vehemente.
Pero templa tus desvelos
mientras voy à hablar con él,
si bien es cosa cruel
poner en razón los celos.
De él quiero huir.

AUR. Bien harás:
CAS. que mai tu cariño empleas.

AUR. No he de verle.
CAS. No le veas.
(Ni à verle vuelvas jamás.)

ESCENA VI

CASANDRA, FEDERICO

CAS. Federico.

FED. Mi señora.

CAS. (A Batín.)
Sal de aquí.

BATIN (saliendo.) (¿El Conde turbado
y hablarle à solas Casandra?...
¡Con tal que no sope el diablo!)

CAS. (Después de contemplar un instante à Federico, que
se halla retirado de ella.)
¿Qué te suspende? ¿Qué pena
ó qué turbación te causo?
Al hallarte, Federico,
esta vez en tí reparo
no sé qué desasosiego.

- FED. Os engañáis.
CAS. No me engaño;
¿qué pena me ocultas?
FED. Yo...
ninguna.
CAS. Solos estamos;
bien puedes ya darme cuenta
de tus celosos cuidados
FED. ¿Yo celos?
CAS. ¿Vas á negar
lo que por Aurora acabo
de saber?
FED. ¿Yo con Aurora?
CAS. Pues no te la quita Carlos...
el Marqués Gonzaga... ¿y tú
no estás de ella enamorado?
¿Qué de afanes no te cuesta?
¿Qué nuevas auroras trajo
al mundo el día, sin ir
su Federico adorado
á buscar la de sus ojos
para abrasarse en sus rayos?
¿Cuándo de ella te alejaste?
¿En qué jardín ó en qué prado
no dijiste tus amores?
¿Qué jazmines ó qué nardos
no fueron su frente y boca?
¿También esto has de negarlo?
¿Qué instante vivió sin tí,
ni tú sin ella? ¿Pues cuándo
romperéis lazo tan fuerte?
Que tanto acrisola el trato
la fe de amor, que de dos
almas que alentabais ambos,
hicisteis un alma sola
desde vuestros tiernos años.
¿Esto niegas, cuando yo
lo acabo de oír de sus labios?
FED. Ni por Aurora suspiro,
ni celos me inspira Carlos:
tiene importancia mayor
el mal que en el pecho guardo.
CAS. ¿Que no te desvela Aurora?
¿Que á su amor eres ingrato?

FED.

Nunca Aurora me inspiró
otro afecto que el de hermano.

CAS.

Yo temía... me engañé
(¡Oh, qué dulce desengaño!)—

Entonces debo pensar
que tu tristeza y recato,
nacen de que ves perdido
tu derecho á estos estados
desde mi unión con el Duque.

Mas si piensas que yo causo
tu desasosiego y pena,
desde aquí te desengaño;
porque el Duque, solamente
por cumplir con sus vasallos
este casamiento ha hecho,
y á los deleites pasados
ha vuelto con mayor furia,
roto el freno de mis brazos.

Como se suelta al escape
un arrogante caballo,
que del bordado jaez
va sembrando los pedazos,
allí las piezas del freno
vertiendo espumosos rayos,
allí la barba y la rienda,
allí las cintas y lazos,
así el Duque en su locura
pedazos de honor sembrando,
allí se deja la fama,
allí los antiguos lauros,
y los purísimos timbres
de sus ascendientes claros:
allí el valor, la salud,

y el tiempo tan mal gastado,
haciendo las noches días
en estos indignos pasos;
conque sabrás cuán seguro
estás de heredar su estado,
escribiendo yo á mi padre
que es más que esposo, tirano,
para que me arranque libre
de sus fermentidos brazos,
si no anticipa la muerte
breve fin á tantos daños.

- FED. Codiciosa vuestra alteza
de mi bien, acaba en llanto
su discurso, sin hallar
la razón de mis cuidados.
No la atribuyáis, señora,
á pensamientos tan bajos.
¿Ha menester Federico,
para ser quien es, estados?
¿No lo son los de mi prima
si yo con ella me caso?
- CAS. ¿Tú con Aurora? ¿Pues no
me aseguras lo contrario?
- FED. No dije que no me case;
sí afirmé que no la amo.
- CAS. ¿Pues sin amor cabe enlace?
- FED. ¿Pues fuera yo el primer caso?
Responda por mí su alteza.
- CAS. Ya te respondo... callando.
Es cierto.
- FED. Una cosa es
la inclinación...
- CAS. Está claro.
- FED. ¿No me has comprendido? Y otra
la razón.
- CAS. Ya me hago cargo.
Pero ello es igual, si tú
te casas al fin ^{al} y cabo.
- FED. Puesto que mi afán ignoras,
sabe, señora, que paso
una vida la más triste
que cabe en el ser humano;
que no hay bien posible para
quien ama como yo amo.
- CAS. Calma, Federico ilustre,
tus pesares, que no ha dado
el cielo el llanto á los hombres,
sino el ánimo gallardo.
Naturaleza el llorar
vinculó por maycrazgo
en las mujeres, en quien
aunque hay valor, faltan manos;]
no en los hombres, que una vez
sólo pueden, y es en caso
de haber perdido el honor,

mientras vengan el agravio.
¡Malhaya Aurora y sus celos;
que un caballero bizarro,
galán, discreto y tan digno
de ser querido, á un estado
han reducido tan triste!

FED. No causa Aurora mi llanto.

CAS. Pues, ¿quién es?

FED. El mismo sol.

CAS. ¿Que no es Aurora?

FED. Más alto

vuela el pensamiento mío.

CAS. ¿Mujer te ha visto y hablado,
y tú le has dicho tu amor,
que puede con pecho ingrato
corresponderte?

FED. A mis penas
siempre ha de ser duro mármol.

Tan alto imposible adoro.

CAS. ¿Estás, Conde, enamorado
de alguna imágen de bronce,
ninfa ó diosa de alabastro?

Las almas de las mujeres
no las viste jaspe helado:
ligera cortina cubre
todo pensamiento humano.
Jamás amor llamó al pecho,
siendo con méritos tantos,
que no respondiese el alma:

«¡aquí estoy!... ¡pero entrad paso!»

Dile tu amor, sea quien fuere;
hábla, y no mueras callando.

FED. El cazador, con industria,
pone al pelícano indiano
fuego alrededor del nido;
y él, descendiendo de un árbol,
para librar á sus hijos
bate las alas turbado,
conque más enciende el fuego
que piensa que está matando.
Finalmente se le quemán,
y sin alas en el campo
se deja coger, no viendo
que era imposible volando.

Mis pensamientos, que son
hijos de mi amor, que guardo
en el nido del silencio,
se están, señora, abrasando;
bate las alas amor,
y enciéndelas por librarlos;
crece el fuego y él se quema;
tú me enciendes, yo me abraso;
tú me incitas, yo me pierdo;
tú me alientas, yo me espanto;
tú me esfuerzas, yo me turbo;
tú me libras, yo me enlazo;
tú me llevas, yo me quedo;
tú me enseñas, yo me atajo:
porque es tanto mi peligro,
que juzgo por menos daño,
pues todo ha de ser morir,
morir sufriendo y callando.

ESCENA VII

CASANDRA

No ha hecho en la tierra el cielo
casa de más confusión,
que fué la imaginación
para el humano desvelo.
Ella vuelve el fuego en hielo,
y en el color se transforma
del deseo, donde forma
guerra, paz, tormento y calma;
y es una manera de alma
que más engaña que informa.
Estos oscuros intentos,
estas claras confusiones,
más que me han dicho razones
me han dejado pensamientos.
¿Qué tempestades los vientos
mueven de más variedades,
que estas confusas verdades
en una imaginación?
¡Ay, que las del alma son
las mayores tempestades!

Cuando á imaginar me inclino
que soy la que quiere el Conde,
el mismo engaño responde
que lo imposible imagino.
Luego mi fatal destino
me ofrece mi casamiento,
y en lo que siento, consiento;
que no hay tan grande imposible
que no le juzguen visible
los ojos del pensamiento.
Las prendas del Conde son
grandes; pero mayor fuera
mi desatino, si diera
puerta á tan loca pasión.
No más, necia confusión.
Salid, cielo, á la defensa:
aunque no yerra quien piensa;
qué hombre con honra se hallara
si fuera patente y clara
ofensa, pensar la ofensa.
Hasta ahora no han errado
ni mi honor ni mi sentido,
porque lo que he consentido
ha sido un error soñado.
Consentir lo imaginado
para con Dios es error,
mas no para el deshonor;
que diferencian intentos
al ver Dios los pensamientos,
y no los ve el honor.

ESCENA VIII

CASANDRA, AUROKA

- AUR. Larga plática ha tenido
vuestra alteza con el Conde.
¿Qué responde?
- CAS. Que responde
á tu amor agradecido.
Sosiega, Aurora, sus celos,
que esto pretende no más. (Se va.)

AUR. Muy tibio consuelo das
á mis amantes desvelos.
Dárselos quiero de veras
favoreciendo al Marqués,
hasta rendirle á mis pies
con mil ansias verdaderas.
Volved, locas esperanzas.

ESCENA IX

AURORA, el MARQUÉS

MAR. Venturoso soy, que aquí
está Aurora, y yo sin mí
firme entre tantas mudanzas.
Aurora del claro día
en que te dieron mis ojos
con toda el alma en despojos
la libertad que tenía.
Desde que de Mantua vine,
hice con poca ventura
elección de tu hermosura,
que no hay alma que no incline.
No el verte desdicha ha sido,
que ver luz nunca lo fué;
sino que mi amor te dé
causa para tanto olvido.

AUR. Dame licencia y la mano.
No se morirá de triste
el que tan poco resiste
ni galán ni cortesano,
Marqués, el primer desdén;
que no están hechos favores
para primeros amores,
antes que se quiera bien.
Poco sufrís, poco amáis;
¿licencia apenas me veis
para partiros queréis?
Yo os mando que no os partáis.

MAR. Albricias quiero pedir
á mi amor de mi esperanza;
mientras el bien no se alcanza
méritos tiene el sufrir.

ESCENA X

LOS MISMOS, el DUQUE, FEDERICO, BATIN

- DUQUE Escribeme el Pontífice por esta
 que luego á Roma parta.
- FED. ¿No dice la razón en esa carta?
- DUQUE Y que sea la respuesta,
 Conde, partirme al punto.
- FED. Si lo encubres, señor, no lo pregunto.
- DUQUE ¿Cuándo te encubro yo, Conde, mi pecho?
 Sólo puedo decirte que sospecho
 que con las guerras que en Italia tiene,
 si numeroso ejército previene,
 podemos presumir que hacerme intenta
 general de la iglesia; que á mi cuenta
 también querrá que con dinero ayude,
 si no es que en la elección de intento mude.
- FED. Contigo he de partir, porque á tu lado
 no pienso que tendrás mejor soldado.
- DUQUE Eso no podrá ser, porque no es justo,
 Conde, que sin los dos mi casa quede.
 Ninguno como tú regirla puede:
 esto es razón, y basta ser mi gusto.
- FED. No quiero darte, gran señor, disgusto.
 Pero en Italia, ¿qué dirán si quedo?
- DUQUE Que esto es gobierno, y que sufrir no puedo
 ni aun de mi propio hijo compañía.
- FED. Notable prueba en la obediencia mía.
 (Se va el Duque.)

ESCENA XI

AURORA, el MARQUES, FEDERICO, BATIN

- BATIN (A media voz á Federico.)
 Mientras con el Duque hablaste,
 he reparado en que Aurora
 sin hacer caso de tí,
 con el Marqués habla á solas.
 ¿No escuchas lo que te digo?...
 Con el Marqués...

FED. ¿Qué me importa?
AUR. Esta banda prenda sea
del primer favor.
MAR. Señora...
AUR. Venid al jardín conmigo.

ESCENA XII

FEDERICO, BATIN

BATIN ;Con qué libertad la toma
de la mano, y se van juntos!
FED. Hacen bien, si se conforman
las almas.
BATIN ¿Eso respondes?
FED. ¿Qué quieres que te responda?
BATIN Si un cisne no sufre al lado
otro cisne, y se remonta
con su prenda muchas veces
á las extranjeras ondas;
y un gallo, si al de otra casa
con sus gallinas le topa,
con el suyo le deshace
los picos de la corona,
y encrespando su turbante,
turco por la barba roja,
celoso vencerle intenta
hasta en la nocturna solfa,
¿cómo sufres que el Marqués
á quitarte se disponga
prenda que tanto quisiste?
FED. Porque la venganza propia
para castigar las damas
que á los hombres ocasionan,
es dejarlas con su gusto,
porque aventura la honra
quien la pone en sus mudanzas.
BATIN Dame, por Dios, una copia
de ese arancel de galanes;
tomaréle de memoria.
No, Conde; misterio tiene
tu sufrimiento, perdona;

que pensamientos de amor
son arcaduces de noria,
y deja el agua primera
el que la segunda toma.
Por nuevo cuidado dejas
el de Aurora; que si sobra
el agua, ¿cómo es posible
que pueda ocuparse en otra?

FED.

Bachiller estás, Batín,
pues con fuerza cautelosa
lo que no entiendo de mí
á presumirte provocas.
Entra y mira qué hace el Duque;
de su partida te informa
porque vaya á despedirle.

BATÍN

Voy allá... pero esta es otra.
Mientras el Duque previene
su partida, y tú la lloras,
sospecho que tras de ti
va Casandra, mi señora;
y á fe que si no acusaras
mi lengua de maliciosa,
dijera...

FED.

Nada me digas.

BATÍN

Aquí está. Sello mi boca.

ESCENA XIII

FEDERICO, CASANDRA

CAS.

(Aquí está el Conde. ¡Ay de mí!
Cobarde y determinada
llego á verle.)

FED.

(Ya está aquí
desnuda la dulce espada
á quien la vida rendí.)

CAS.

Ya anticipa su partida
el Duque.

FED.

La suerte cruel
dispuso esta despedida.

CAS.

Dime, Conde, por tu vida,
¿vas á partir tú con él?


- FED. No, que me sujeta aquí
un poder irresistible.
¡Imposible es huir de ti!
- CAS. ¡Que huyamos es imposible
yo de ti ni tú de mí!
Yo te infundiré valor.
- FED. Del tuyo mi amor se ámpara.
- CAS. (Eres poderoso, amor;
por ti ni en vida ni honor,
¡ni aun en alma se repara!)
(¡Oh, hermosura celestial!)
- FED. ¿Cómo te va de tristeza,
Federico, en tanto mal?
- FED. ¿Pues no sabe ya tu alteza
que es mi tristeza inmortal?
- CAS. Destemplan melancolías
la salud; enfermo estás.
- FED. Traigo unas locas posías,
sin que pueda decir más,
señora, de que son mías.
- CAS. Si es cosa que yo la puedo
remediar, de mí te fía,
que en amor tu amor excedo.
- FED. Mucho de ti fiaría,
mas tengo á mi lengua miedo.
- CAS. ¿Por qué, Conde, cuando yo,
puesta mi esperanza en ti,
te exhorto á que hables aquí?
- FED. ¿Mas enojaraste?
- CAS. No.
- FED. ¿Y tendrás lástima?
- CAS. Sí.
- FED. Pues, señora, yo he llegado,
perdido á Dios el temor
y al Duque, á tan triste estado,
que éste, mi imposible amor,
me tiene desesperado.
*Yo, en fin, señora, me veo
sin mí, sin vos y sin Dios:
sin Dios, por lo que os deseo;
sin mí, porque estoy sin vos;
sin vos, porque no os poseo.*
Aunque dicen que el no ser
es, señora, el mayor mal,

tal por vos me vengo á ver,
que para no verme tal
quisiera dejar de ser.
En tantos males me empleo
después que mi ser perdí,
que aunque no verme deseo,
para ver si soy quien fuí.
yo, en fin, señora, me veo.
Al decir que soy quien soy,
tal estoy, que nó me atrevo;
y por tales pasos voy,
que aun no me acuerdo que debo
á Dios la vida que os doy.
Culpa tenemos así
del no ser que soy ahora,
pues olvidándome aquí
de mí mismo estoy, señora,
sin vos, sin Dios y sin mí.
Sin mí no es mucho, pues ya
no hay vida sin vos, que pida
al mismo que me la da;
pero sin Dios, con ser vida,
¿quién si no mi amor está?
Si en deseáros me empleo,
y él manda no desear
la hermosura que en vos veo,
claro está que vengo á estar
sin Dios, por lo que os deseo.
¡Oh, qué ciego fanatismo
es presumir conservar
la vida en tan ciego abismo,
hombre que no puede estar
ni en vos, ni en Dios, ni en sí mismo!
¿Qué habremos de hacer los dos,
pues á Dios por vos perdí,
después que os tengo por Dios,
sin Dios, porque estáis en mí,
sin mí, porque estoy sin vos?
Por haceros sólo bien
mis males vengo á sufrir.
Yo tengo amor, vos desdén;
tanto, que puedo decir:
«¡Mirad con quién y sin quién!»
Sin vos y sin mí, peleo

- con tanta desconfianza;
sin mí, porque en vos ya veo
imposible mi esperanza;
sin vos, porque no os poseo.
- CAS. Conde, cuando yo imagino
á Dios y al Duque, confieso
que tiemblo, porque adivino
juntos para tanto exceso
poder humano y divino.
- FED. Piensa que siempre el amor
halló en el mundo disculpa,
y es nuestra culpa menor,
porque hace menor la culpa
ser la disculpa mayor.
¿No es la disculpa leal,
si hay otros males, en quien
me aliente en peligro tal?
- CAS. No; para pecar no es bien
tomar ejemplo del mal.
- FED. Claros ejemplos nos dieron
cuantos á errar se arrojaron.
- CAS. Es que los que errar quisieron
siempre invocan los que erraron,
no los que se arrepintieron.—
Si remedio puede haber
en huir de ver y hablar:
porque con no hablar ni ver,
ó el vivir se ha de acabar,
ó el amor se ha de vencer.
Huye de mí, que de tí
yo no sé si huir podré,
ó me daré muerte aquí.
- FED. Yo, señora, moriré,
que es lo más que haré por mí.—
Una mano te suplico
que me des; dame el veneno
que me ha muerto.
- CAS. Federico,
á abrasarme me condeno
si pólvora al fuego aplico.
Piensa que en esta ocasión
con justa razón detuve
tu determinada acción,
que por una mano sube

- el veneno al corazón.
- FED. Sirena, Casandra, fuiste;
cantaste para meterme
en el mar, donde me diste
la muerte.
- CAS. Tú has de perderme.
- Ten, honor, fama resiste,
- FED. ¿Que ya no he de verte más?
- CAS. ¿Pues qué hemos de hacer los dos?
¿No has de olvidarme?
- FED. Jamás!
- CAS. Pues á verme volverás...
- FED. ¿Cuándo?
- CAS. ¡Cuando quiera Dios!

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración del anterior

ESCENA PRIMERA

AURORA, MARQUES

- AUR. Yo te he dicho la verdad
MARQ. No es posible persuadirme.
AUR. Tienes razón; que no hay quien
se persuada de este crimen.
Para pedirte consejo
quise, Marqués, descubrirte
todo el caso.
- MARQ. ¿De qué suerte
ver á Casandra pudiste
con Federico?
- AUR. Guiada
por deseo irresistible
fui en su acecho, y fácilmente
su maldad á indagar vine.
En correspondencia tiene
sirviéndoles de tapices
retratos, vidrios y espejos,
dos iguales camarines
el tocador de Casandra:
y como sospechen pisen

- tan quedo, entreoculta en uno miré y ví... no sé decirte cómo ví que ardientes besos el Conde traidor imprime en los labios de Casandra, ni cómo ella los recibe, que uno y otro, ausente el Duque mi señor, tan ciegos viven.
- MARQ. El Duque dicen que hoy vuelve victorioso.
- AUR. Eso me dicen. Terrible instante, si á todos cuenta de su honor nos pide. Dame, Carlos, tu consejo; lo que tengo que hacer dime.
- MARQ. Dile que te case al Duque; que como el sí me confirmes, con irnos los dos á Mantua no haya miedo que peligros.
- AUR. Vénguese en ambos el Duque.
- MARQ. ¿Cómo quieres que se limpie tan fea mancha sin sangre, para que jamás se olvide?
- AUR. Bien dices; justo es que el cielo sus liviandades castigue.

ESCENA II

AURORA, MARQUES, FEDERICO, BATIN

- FED. ¿Que no ha querido esperar que salgan á recibirle?
- BATÍN Apenas el Duque vió los deseados confines, cuando dejando la gente y aun si querer que te avisen tomó al punto los caballos: tan mal el amor resiste, y los deseos de verte; que aunque es justo que le obligue la duquesa, no hay amor á quien el tuyo no prive.

¿Eres el sol de sus ojos,
y cuatro meses de eclipse
impaciente le han tenido.—
Aquí está Aurora: ¿que insistes
en huir el amor de esta
lozana rosa de Chipre?

FED. De su amor quiero valerme.

BATÍN ¿No te enamora?

FED. Bien dices.—

Aurora, ¿siempre á mis ojos
con el Marqués?

AUR. ¡Qué donaire!

FED. ¿Con ese tibio desaire
respondes á mis enojos?

AUR. ¿Pues qué maravilla ha sido
el darte el Marqués cuidado?
Parece que has despertado
de cuatro meses dormido.

MAR. Yo, señor Conde, no sé,
ni he sabido que sentís
lo que ahora me decís;
que á Aurora he servido en fe
de no haber competidor,
y más si como vos fuera,
á quien humilde rindiera
cuanto no fuera mi amor.
Bien sabéis que nunca os ví
servirla; mas siendo gusto
vuestro que la deje, es justo;
que mucho mejor que en mí
se emplea en vuestro valor.

ESCENA III

AURORA, FEDERICO, BATÍN

AUR. ¿Qué es esto que has intentado,
ó qué frenesí te ha dado
sin pensamiento de amor?
Conde, ya estás entendido:
déjame casar, y advierte
que antes me dará la muerte

que ayudar lo que has fingido.
Vuélvete, Conde, á estar triste,
vuelve á tu suspensa calma,
que tengo muy en el alr a
los desaires que me hiciste.
Ya no me acuerdo de tí.
¡Invenciones!... Dios te guarde:
por tu vida que es muy tarde
para acordarte de mí.

ESCENA IV

FEDERICO, BATÍN

BATÍN ¿Qué tienes?
FED. Que estoy turbado.
 y olvidado, desatino.
BATÍN Eres como el vizcaíno
 que dejó el macho enfrenado,
 y viendo que no comía,
 ni atusándole las crines,
 un galeno de rocines
 trujo á ver lo que tenía;
 el cual viéndole con freno,
 fuera al vizcaíno echó
 Soltóle; y cuando volvió
 de todo el pesebre lleno
 apenas un grano había;
 porque con gentil despacho,
 después de la paja, el macho
 hasta el pesebre comía.
 «Albéitar, juras á Dios,
 dijo, es mejor que dotora;
 y yo y macho desde ahora
 queremos curar con vos.»—
 ¿Qué freno es este que tienes
 que no te deja comer,
 si médico puedo ser?
 ¿Qué aguardas? ¿Que te detiene?
FED. ¡Ay Batín! ¡No sé de mí!
BATÍN Pues estese la cebada
 queda, y no me digas nada.

ESCENA V

CASANDRA, LUCRECIA, FEDERICO, BATÍN

CAS. ¡Federico!

FED. (A Batín) Sal de aquí.

CAS. Ya viene.

FED. ¡Desdicha fuertel!
De mí mismo huyendo voy;
fáltame aliento.

CAS. Yo estoy
entre la vida y la muerte.
Valor, Conde; ruin flaqueza
retroceder fuera ya,
que el mismo riesgo me da
la precisa fortaleza.
Antes que al hado inclemente
rendirme desesperada,
sabré de tu fe amparada
combatirle frente á frente.
Venga el Duque

FED. En su presencia,
faltos de fe y de valor,
nos venderá aterrador
el grito de la conciencia.
Presa me hallo en su venida
de tan mortales sonrojos,
que antes que mirar sus ojos
quisiera perder la vida.

CAS. ¿Pues qué hemos de hacer?

FED. Morir.

CAS. ¿No hay otro remedio?

FED. No.

Porque perdiéndote yo,
¿para qué quiero vivir?

CAS. ¿Pues cómo me has de perder?

FED. Quiero fingir desde ahora
que sirvo y pretendo á Aurora,
pidiéndola por mujer.

CAS. ¿Qué dices? ¿Estás en tí?

FED. El peligro de los dos
nos obliga.

- CAS. No por Dios.
Ven; toma ejemplo de mí.
¿Que el ánimo de tal suerte
te abandone? (¡Sin mí estoy!)
Yo soy mujer... débil soy,
y tú eres hombre, eres fuerte.
Modera la turbación
que se advierte en tu semblante;
no te venda el palpitante
latido del corazón.
¡Ni una voz!... ¡Inmóvil... quieto!
Ni una seña te permito,
que para tanto delito
conviene tanto secreto
- FED. ¿Qué temes de mí, si blando
mi pecho á tu imperio cede?
- CAS. Temo lo mucho que puede
decir tu lengua callando.
- FED. Grande, inmenso late aquí
el corazón que te adora;
pero aún es más grande ahora
el terror que siento en mí.
- CAS. Calma; fuerza es que recates
tan mortal desasosiego;
y entretanto, yo te ruego
que de Aurora no me trates.
Señora...
- FED. No hay que tratar.
- CAS. ¿Que el Duque se acerca olvidas?
- FED. Quíteme el Duque cien vidas,
- CAS. pero no te has de casar.

ESCENA VI

CASANDRA, AURORA, LUCRECIA, FEDERICO, el DUQUE, el MAR-
QUÉS, FLORO, FEBO, RICARDO, ALBANO, BATÍN, ACOMPAÑA-
MIENTO.

DUQUE (Dirigiéndose á Casandra y Federico, que antes han
logrado reponerse.)
Hijo, el paterno amor que nunca cesa
de amar su propia sangre y semejanza,
para venir facilitó la empresa;

que ni cansancio ni trabajo alcanza,
á quien de ver á sus queridas prendas
mal hiciera en sufrir larga esperanza.
Y tú, señora, así es razón que entiendas
el mismo amor, y en igualarte al Conde
por encarecimiento, no te ofendas.

CAS. Tu sangre y su bondad, señor, responde
que merece el favor; yo le agradezco;
pues tu valor al suyo corresponde.

DUQUE Bien sé que á entrambos ese amor merezco
y que estoy de los dos tan obligado
cuanto mostrar en la ocasión me ofrezco.
Que Federico gobernó mi estado
en mi ausencia he sabido, tan discreto,
que vasallo ninguno se ha quejado.
En medio de las armas, os prometo
que imaginaba yo, con la prudencia
que se mostraba senador perfecto.
Dios os guarde, señor.

MAR.

DUQUE

Carlos, A aurora.

AUR.

Tan bien venido vuestra alteza sea
como le está esperando quien le adora.

MAR.

Dad las manos á Carlos, que desea
que conozcáis su amor,

DUQUE

Paguen los brazos
deudas del alma á quien tan bien se emplea.
Aunque siente el amor los largos plazos,
todo lo goza el venturoso día
que llega á merecer tan dulces lazos.
Con esto, amadas prendas, yo querría
descansar del camino, y porque es tarde
después celebraréis tanta alegría.

AUR.

Dios os guarde, señor.

MAR.

Que Dios os guarde.

(Salen todos menos Batín)

ESCENA VII

EL DUQUE, BATÍN

DUQUE

¿No hay algún criado aquí?

BATÍN

Aquí tiene vuestra alteza
el más humilde.

que deben los que gobiernan
esta atención á su oficio.
BATAIN Guarde Dios á vuestra alteza.

ESCENA VIII

EL DUQUE.—El Duque toma asiento cerca de una mesa, examinando varios pliegos

Este dice:—«Señor, yo soy Estacio,
que estoy en los jardines de palacio;
suplico que me deis...»—Basta, ya entiendo;
con más cuidado ya premiar pretendo.
«El capitán Arnaldo...»—También pide.
«Albano, que ha seis años que reside...»—
Este pide también.—«Julio Camilo...
preso porque sacó...»—Del mismo estilo.
Este viene cerrado,
un hombre me le dió todo turbado.
—«Señor, mirad por vuestra casa atento;
que el Conde y la duquesa en vuestra ausencia...»
No me ha sido traidor el pensamiento;
habrán regido mal; tendré paciencia.—
«Ofenden con infame atrevimiento
vuestro lecho y honor.»—¿Qué resistencia
harán á tal desdicha mis enojos?
«Si sois discreto os lo dirán los ojos.» —
¿Qué es esto? ¡Yo estoy soñando!
¿Decís verdad, letras?... ¡No!
¿Sabéis que soy padre yo
de quien me estáis informando
que la honra me quitó?
¿Casandra me ha de ofender?
¡Mentiral! ¡no puede ser!
¿No veis que es mi hijo el Conde?
Pero ya el papel responde
que es hombre y ella mujer.
¡Vil calumnia! Esto no ha sido
verdad; porque yo no creo
que emprenda caso tan feo
hombre de otro hombre nacido.
¡Pero si me has ofendido!...
¡Oh! si el cielo me otorgara

que después que te matara
de nuevo á hacerte volviera;
que tantas muertes te diera
cuantas veces te engendrara.
¡Qué deslealtad! ¡Qué violencia!
¡Oh, ausencia! ¡Y qué bien se dijo,
que aun un padre de su hijo
no tiene segura ausencia!—
¿Cómo sabré con prudencia
verdad que no me disfame
con los testigos que llame?
Ni así la podré saber;
porque, ¿quién ha de querer
decir verdad tan infame?
¿Mas de qué sirve informarme?
Pues esto no se dijera
de un hijo, cuando no fuera
verdad que pudo infamarme.
Castigarle no es vengarme;
ni se venga el que castiga,
ni esto á información me obliga;
que mal que el honor estraga
no es menester que se haga,
porque basta que se diga.

ESCENA IX

EL DUQUE, FEDERICO

FED. Sabiendo que no descansas
vengo á verte...

DUQUE (¡Cristo, válgamel!)

FED. Y á pedirte una merced.

DUQUE Antes que la pidas, sabe
que mi amor te la concede.

FED. Señor, cuando me mandaste
que con Aurora mi prima
por tu gusto me casase,
lo fuera notable mío:
pero fueron más notables
los celos de Carlos, y ellos
entonces causa bastante
para no darte obediencia.

Mas después que te ausentaste
supe que mi grande amor
hizo que ilusiones tales
me trajesen divertido.

En efecto, hicimos paces,
y le prometí, señor,
en satisfacción casarme,
como licencia me dieses
luego que el bastón dejares.
(¡Oh, qué traza tan grosera!)
No pudiéras, Conde, darme
mayor gusto. Vete ahora
porque trate con tu madre,
que es muy justo darle cuenta;
que no es razón que te cases
sin que lo sepa, y le pidas
licencia como á tu padre.

DUQUE

FED.

DUQUE

FED.

DUQUE

FED.

DUQUE

FED.

DUQUE

FED.

DUQUE

No es preciso.
¿No ha de ser
ella gustosa en tu enlace?
No siendo su sangre yo,
¿para qué quiere dar parte
vuestra alteza á mi señora?
¿Qué importa no ser tu sangre,
siendo tu madre Casandra?
No; Casandra no es mi madre.
Mi madre Laurencia ha muerto.
¿Sientes que madre la llame?
Pues dícenme que en mi ausencia,
de que tengo gusto grande,
estuvisteis muy conformes.
Eso, señor, Dios lo sabe;
que prometo á vuestra alteza,
que aunque es para todos ángel,
que no lo ha sido conmigo.
Pésame de que me engañen;
que me dicen que no hay cosa
que más Casandra regale.
A veces me favorece,
y á veces quiere mostrarme
que no es posible ser hijos
los que otras mujeres paren.
Dices bien, y yo lo creo:
y ella pudiera obligarme

más que en quererme, en quererte;
pues con estas amistades
aseguraba la paz.
Vete con Dios.

FED. Si te enojas...

DUQUE Vete de aquí; no me canses.

FED. Yo, señor...

DUQUE Ni una palabra.

Guárdete Dios.

FED. El te guarde.

ESCENA X

DUQUE

No sé cómo he podido
mirar, Conde traidor, tu infame cara.
¡Qué librel! ¡Qué fingido
con la invención de Aurora se repara,
para que yo no entienda
que puede ser posible que me ofenda!
Lo que más de su crimen me asegura,
es ver con el cuidado y diligencia
que de Casandra el pérfido murmura
que le ha tratado mal en esta ausencia.
¡Que piensan los delitos,
que callan, cuando están hablando á gritos!
De que la llame madre
se corre, y hace bien, pues es amiga
la mujer de su padre,
y no es justo que ya madre se diga.
¿Pero yo cómo creo
con tal facilidad caso tan feo?
¿No puede un enemigo
del Conde haber tan gran traición forjado,
porqué con su castigo,
sabiendo mi valor, quede vengado?
¡Ya de haberlo creído,
de vergüenza y de horror estoy corrido!

ESCENA XI

AURORA, CASANDRA, el DUQUE

- AUR. De vos espero, señora,
mi vida en esta ocasión.
- CAS. Ha sido digna elección
de tu entendimiento, Aurora.
- AUR. Aquí está el Duque.
- CAS. Señor,
¿tanto desvelo?
- DUQUE A mi estado
debo por lo que he faltado
estos indicios de amor:
si bien del Conde y de vos
ha sido tan bien regido,
como muestra agradecido
este papel de los dos.
Todos alaban aquí
lo que entrambos merecís.
- CAS. Al Conde, señor, debéis
ese cuidado, no á mí:
que sin lisonja os prometo
que tiene heróico valor;
en toda acción superior,
gallardo como discreto.
- DUQUE De que le alabéis, señora,
grande es mi satisfacción.
- CAS. Una nueva petición
os traigo, señor, de Aurora.
Carlos la pide, ella quiere,
y yo os lo suplico.
- DUQUE Creo
que le ha ganado el deseo
quien en todo le prefiere.
El Conde se va de aquí,
y me le ha pedido ahora.
- CAS. ¿El Conde ha pedido á Aurora?
- DUQUE Sí, Casandra.
- CAS. ¡El Conde!
- DUQUE Sí.

- CAS. Sólo de vos lo creyera.
¿Y vos se la habéis de dar?
- DUQUE Mañana se han de casar.
- CAS. Falta... (sin poderse contener.)
- DUQUE ¿Qué?
- CAS. (Reprimiéndose.) Que Aurora quiera.
- AUR. Perdone el Conde, señor;
que suya no puedo ser.
- DUQUE (¿Qué tengo más que saber?
Vendióla su torpe amor.)
Que así te niegues no es justo;
¿te ha ofendido el Conde?
- AUR. Sí.
- DUQUE No por él; hazlo por mí.
- AUR. El casarse ha de ser gusto;
yo no le tengo del Conde.
- DUQUE ¡Extraña resolución!
- CAS. Aurora tiene razón.
- DUQUE Esto á vos no os corresponde.
Ven, Aurora.
- AUR. Ya te sigo.
- DUQUE (Mal mi cólera contengo.)
- AUR. Aquí llega el Conde.
- DUQUE Tengo
que hablar á solas contigo.

ESCENA XII

CASANDRA, FEDERICO, el DUQUE. Este llega á tiempo conveniente
en acecho de los dos

- CAS. A muy buen tiempo has llegado
para vengarme de ti.
- FED. ¿No estaba mi padre aquí?
- CAS. Con qué loco desenfado
traidor, Federico, vienes,
habiendo pedido á Aurora
al Duque.
- FED. Calla, señora;
mira el peligro que tienes.
- CAS. ¿Qué peligro, cuando estoy,
ingrato, fuera de mí?
- FED. ¿Pues tú das voces así?
- CAS. ¡Voces á los cielos doy!

- FED. Oye, señora, y repara
en tu grandeza siquiera.
- CAS. ¿Pues qué hombre en el mundo hubiera
que cruel me abandonara,
después de haber obligado
con mil protestas de amor
á su antojo mi valor?
- FED. Calla, que aun no estoy casado.
Asegurar pretendí
al Duque, y asegurar
nuestra vida, que durar
no puede, Casandra, así.
Que no es el Duque algún hombre
de tan baja condición
(Déjase ver el Duque)
que á sus ojos, y en razón,
se ultraje su ilustre nombre.
Basta el tiempo que tan ciegos
el amor nos ha tenido
- CAS. No me dejes; te lo pido
entre lágrimas y ruegos.
¡Desventuradas mujeres!
¡Hombres sin Dios y sin fe!
- FED. Digo, señora, que haré
todo lo que tú quisieres;
y esta palabra te doy.
- CAS. ¿Será verdad?
- FED. Infalible.
- CAS. Pues no hay amor imposible,
tuya he sido y tuya soy.
- DUQUE (Ocupando el centro de la escena en segundo término.)
No es menester más testigo;
confesaron de una vez.
Prevenid, pues que sois juez,
honra, sentencia y castigo.
- CAS. ¡Mi dulce bien!
- FED. ¡Amor mío!
(El Duque avanza, interponiéndose entre ambos con
actitud altiva y reposada.)
- CAS. ¡Jesús!
- FED. ¡El cielo me valga!
- DUQUE Conde, para sentenciar
una acción cobarde y baja
necesito de tu ayuda.

Conde, un noble de Ferrara
y una dama principal,
ella sin fe y él sin alma,
en mi ausencia mancillaron
mi honra, siempre immaculada.
Vengarme no puedo: en ella,
porque desprecio me causa;
y por ser quien es, en él
sería bárbara hazaña.

Si arde en tus venas la sangre
de tu ascendencia preclara,
da á un pecado sin vergüenza
un castigo sin venganza.

Muera ella á tus manos, y él,
por ti mismo á tus pies caiga.

Esto disponen las leyes
del honor, porque no haya
publicidad en mi afrenta
conque se dobla mi infamia,
que entregarlos al verdugo
fuera alborotar la Italia.

Tu honra es mi honra; no esperes
de mí piedad; no deshagas
el derecho del castigo,
cuando el honor, en la sala
de la razón presidiendo,
quiere sentenciar la causa.

El fiscal *verdad* le ha puesto
la acusación, y está clara
la culpa, que ojos y oídos
juraron en la probanza.

Amor y sangre, abogados,
los defienden; mas no basta,
que la infamia y la vergüenza
son de la parte contraria.

La ley de Dios, cuando menos,
es quien la culpa relata;
su conciencia quien la escribe.

¿Qué temes? ¿Qué te acobarda?
¿Desarmado te hallas?... ¡Tomal
Mis manos te dan el arma.

¡Que mi justicia ejecute
quien ejecutó mi infamia!

(Se aleja hasta desaparecer por el fondo.)

ESCENA XIII

CASANDRA y FEDERICO

CAS. ¡Qué horror!
FED. ¡Qué horrible sentencia!
CAS. ¡Ay, Federicol!
FED. ¡Ay, Casandra!
CAS. Un velo cubre mis ojos;
me ahoga el llanto; expira mi alma;
tiembla mi cuerpo, y la sangre
muere en mis venas heladas.
FED. Como arroyo que detiene
el hielo de noche larga,
helóse mi corazón
al peso de tus palabras.
CAS. ¡Qué mal hicimos!
FED. ¡Qué mall
CAS. Ya veo patente y clara
la extensión de nuestra culpa.
FED. Inmensa fué nuestra falta.
CAS. ¿Es tuyo mi amor?
FED. Es tuyo.
CAS. ¿Mía tu vida?
FED. Y mi alma.
CAS. ¿Vacila tu brazo?
FED. No.
CAS. ¡Hiere!
FED. No queda esperanza.
CAS. ¡Hiere!
FED. ¡Protéjame el cielo! (La hiere.)
CAS. ¡Ay de mí! (Cayendo muerta.)
FED. ¡Ay, mi Casandra!

ESCENA XIV

CASANDRA, FEDERICO, el DUQUE, el MARQUÉS, acompañamiento

DUQUE ¡Caballeros!... ¡Capitanes!
¡Venid!
MAR. ¿Para qué nos llamas?

FED. Acudid todos; ya, padre,
caigo rendido á tus plantas.
Ya sé que deben los hijos,
por ley de Dios sacrosanta,
honrar los padres, y el cielo
honrar el mío me manda.

(Hiérese y cae muerto.)

DUQUE Mirad aquí; Federico
ha dado muerte á Casandra,
temiendo perder por ella
la herencia tan suspirada
de estos Estados, matándose
él para huir mi venganza.
¡Respetemos los designios
del cielo en desdicha tanta!

FIN DE LA OBRA





ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL
PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales de esta Galería ó acudiendo al editor, que concederá rebaja proporcionada al pedido á los librereros ó agentes.